

EL ARTE COMO OPCIÓN DE VIDA

(Intervención de Claudio di Girolamo en la clausura del Encuentro “Educarte”. Valparaíso, 2001)

A MODO DE PRÓLOGO

Para ordenar aunque sea muy someramente esta intervención, al finalizar nuestro encuentro, me parece oportuno iniciarla con un par de muy simples preguntas:

¿Por qué la gran mayoría de nosotros, los seres humanos, se acerca al arte con un respeto cargado de un cierto temor reverencial? ¿Por qué seguimos sintiendo y aceptando, incluso racionalmente, como la cúspide del quehacer humano a tal punto que para muchos, en forma decididamente equivocada, se homologa con el concepto de cultura?

Aventuraré una respuesta tentativa:

Eso sucede porque el arte es, tal vez, la actividad humana que por su propia naturaleza tiene el MISTERIO como materia prima para realizar sus infinitas expresiones. Porque, desde hace milenios, una multitud de artistas trata de develarlo para entregar sus descubrimientos a los demás, volviendo a la carga una y otra vez, sin obtener nunca éxito en su intento. Soportando mil derrotas, sin rendirse ni verse disminuidos en su capacidad de construir constantemente los mejores sueños de la humanidad.

Uso el verbo construir con toda intención. El arte es tal vez la única actividad del ser humano capaz de dar vida concreta a sus sueños, más aún, de edificarlos pieza por pieza bajo nuestros ojos, con constancia y tozudez, y de instalarlos definitivamente en nuestra conciencia.

Pero... ¿Cómo lo logra? Qué fuerza alimenta al arte en su caminar junto a la humanidad?

Para contestar estas interrogantes, tratemos de entregar mayores datos, mirando el tema desde otra perspectiva...

En la antigua Grecia, considerada por muchos como la cuna de la civilización occidental y de un arte excelso bajo múltiples aspectos, la palabra **arte** no existía en el vocabulario cotidiano. Para referirse a ese concepto, tan instalado en la cultura occidental y de todo el orbe, usaban normalmente el vocablo “**tekne**”, origen semántica de la palabra “técnica”. Esto no deja de producirnos cierta desazón ya que, con el tiempo, hemos llegado hasta a considerar los dos conceptos de alguna manera como antagónicos por el simple hecho de que, en la palabra “técnica” no sentimos incorporada la idea de **creatividad** o de **imaginación**.

Sin embargo, bastaría con abrir las páginas de un buen diccionario en la letra T,

buscar la palabra “TÉCNICA” y leer atentamente su definición. Transcribo aquí algunas de ellas, extraídas de distintas fuentes:

“Del griego TÉKNE, conjunto de habilidades y procedimientos de que se sirve una ciencia o un arte.- pericia o habilidad para usar de esos procedimientos y recursos”, o bien:

“Dícese del hacer bien algo”.

Seguramente hay muchas más que esas, pero creo que las que mencioné recién son suficientes para demostrar que, al hacer referencia a **pericias** o **habilidades**, ya incluyen en el concepto la dosis más que suficiente de creatividad e imaginación para poder acceder al más amplio concepto del arte.

Por otro lado, eso de “hacer bien algo”, tratándose de seres humanos, se refiere a una acción muy compleja que concierne, al mismo tiempo, tanto a problemas estéticos como a fundamentos éticos. Famosa es la definición de un gran artista quien, al referirse a sus geniales obras, las definía como “fruto, debido en un 99% a la transpiración y en un 1% producido por la inspiración.”

Tengo la impresión cierta de que el Arte en la formación integral de los niños sigue por el mismo camino y que toda su capacidad de liberación del espíritu reside en algunas características que no pueden ni deben olvidarse.

Por de pronto, como toda experiencia cultural, se trata de un proceso que, generalmente, se da en un transcurso de tiempo bastante largo. Por eso mismo, exige mucha constancia y un compromiso personal a toda prueba, de los sujetos involucrados en él, trátase de maestros o de discípulos. También necesita herramientas específicas, manejadas en forma idónea, para lograr el objetivo que se propone, que no es otro que el crecimiento y el ensanche de las capacidades de asombro y de síntesis creativa del discípulo.

En este caso, cuando hablo de síntesis creativa, no me refiero exclusivamente a la capacidad de objetivar puntos de vista en una obra concreta, sino que me remito a una etapa incluso anterior: a aquella de situarse en un lugar y desde allí dirigir una mirada personal al mundo que nos rodea y comenzar a reconocer el lugar que ocupamos en él. Esa etapa exige la interacción armónica de los dos sujetos arriba mencionados, maestro y discípulo, para ser generadora de un mayor entendimiento y de un más amplio registro de posibilidades de realización.

Allí es donde se hace necesario, casi indispensable, el revisar seriamente, más allá de los logros de la reforma educacional, el lugar preponderante que deben tener la cultura y el arte, en los “currículos” de la enseñanza básica y media.

En la realidad, no es muy fácil conseguirlo, debido a que el arte, la mayoría de las veces, hasta hoy ha sido considerado como conocimiento específico, apenas una pequeña parte de la educación formal, algo parecido a la guinda de la torta: un

adorno, hermoso pero prescindible hasta que se haya garantizado el poder nutritivo de los ingredientes fundamentales. Casi hecho con sobras o retazos de materiales y de tiempo, ya que lo más importante es siempre el poder garantizar la supervivencia por medio de conocimientos más apetecidos por el mercado y que garanticen en el futuro la consabida e infaltable terna: pan, techo y abrigo...

Resulta que lo cierto, es absolutamente lo contrario.

ACLARACIONES NECESARIAS.

Voy a intentar aclarar esta aseveración que, seguramente, suena un tanto extraña, cuando no escandalosa para algunos de ustedes.

El Arte se manifiesta en la humanidad, desde el primer momento, como ritual de contacto con el misterio. El proceso de humanización de la especie pasa indefectiblemente por la tentativa constante de develar lo desconocido. En ese intento, el ser humano comenzó por dar nombres y formas a las fuerzas que reconocía como decisivas para la permanencia y el crecimiento de la vida.

Agua, Fuego, Aire y Tierra, nombres y formas que intentaron convertir el misterio en algo cercano, inserto en la cotidianeidad de sus necesidades y de sus actos. El primer arte fue, en esencia, representativo, en el sentido más estricto del término, el de re-presentar la realidad, sin rehuir, sino más bien asumiendo todo lo que ella tiene, tanto de trascendente como de necesidades básicas de supervivencia. Y lo hizo contemporáneamente, sin esperar solucionar las unas para tratar de develar lo otro.

Todos tenemos en nuestras retinas los bisontes de las Cuevas de Altamira, en España, o los "llamos" como los nombran los pastores del altiplano, de las pictografías de Vilcabrani, al interior de Putre, en Chile, ejemplos magníficos de pintura rupestre prehistórica.

En cuanto a la re-presentación, es bueno recalcar que ese concepto está en la base de cualquier obra artística, sea cual fuere su origen o estilo. En efecto, el proceso artístico se desarrolla en etapas bien definidas. La realidad o la idea se le presenta al artista como un estímulo que necesariamente tiene que internalizar, filtrar a través de su propia sensibilidad y devolver o re-presentar, objetivado en obras concretas para que pueda ser percibido y asumido por los demás.

Es este circuito de retorno el que posibilita el indispensable diálogo entre autor y espectador, sujetos, ambos, del fenómeno de la comunicación artística, el que permite ensanchar la capacidad de creación, entendimiento y de goce de los valores trascendentes que caracterizan la especie humana en su mejor expresión.

Así entendida, la actividad artística es el mejor vehículo para lograr una armónica relación de los seres humanos entre sí y con la naturaleza. Por eso es que se hace cada día más urgente su inclusión en la educación formal, de manera más

intensa y metódica. No sólo a modo de talleres electivos o de materia impartida en horarios determinados dentro de un esquema metodológico, sino que como un eje alrededor del cual se adhieran las diferentes disciplinas y los múltiples conocimientos específicos.

Permítanme compartir con ustedes algunas propuestas que planteo en otro documento, acerca de la relación entre cultura y educación. Me atrevo a mencionarlas aquí porque pueden aclarar mejor la línea de mi reflexión.

Les pido un poco de comprensión en el entendido de que no pretendo dar clase a nadie, sino, por el contrario, lograr aclararme a mí mismo y, de paso, pedirles a ustedes que me auxilien en ese intento.

Comencemos por algo muy concreto:

Como objetivo central, la Reforma Educativa nos plantea el desafío de “**educar para la vida**”. Para tratar de entender en su magnitud lo que esto significa, los convido a que, como un primer ejercicio, nos detengamos un poco en el verbo **educar**.

En su raíz semántica, (del latín **ex-ducere**), **ex** (desde) y **ducere** (conducir, guiar), la palabra nos remite a la acción de conducir, guiar sacando de un lugar. Me parece lógico pensar que esto tiene sentido solamente si es para llegar a otro de mayor calidad e interés.

Es eso lo que, como misión esencial, debería realizar el maestro en su relación con el discípulo: conducirlo a través de la transmisión paulatina y sistemática de conocimientos, desde la ignorancia (entendida aquí en su verdadero significado de simple desconocimiento), hacia el **saber**.

Para lograrlo, debe realizar la tarea de **enseñar**, es decir, reconocer, elaborar y mostrar signos y **señales** que, a la hora de ser interrelacionados, puedan servir de estímulo y guía a otros, para construir sus imaginarios y puntos de vista personales acerca del mundo y de los seres humanos.

Pero, los conocimientos que el maestro posee y que trata de transmitir, están irremediabilmente teñidos por su propia experiencia de vida y, por lo tanto, de una gran dosis de subjetividad que es imposible ignorar y menos eliminar a la hora de traspasarlos al discípulo.

Esto, que a menudo se presenta como un obstáculo importante a la objetividad, que muchos creen necesaria y hasta indispensable para ejercer el rol de maestro, es, en definitiva, lo que un verdadero guía entrega.

POR QUÉ ENSEÑAMOS: MEMORIA E IDENTIDAD

Seamos claros: en el fondo, **enseñamos para transmitir nuestra memoria y**

construir, paso a paso, la memoria común. Más que conocimientos específicos, el verdadero maestro entrega “historias” que están alimentadas por la sabiduría del pasado y, al mismo tiempo, de dudas y preguntas acerca de los misterios que siguen rodeándonos y que no pueden ser desentrañados en el solo ejercicio racional.

El pedagogo, entonces, debería mostrar, a lo más, **opciones alternativas** instando al discípulo a buscar cuáles son **sus propias preguntas** y a encontrar **sus propias respuestas** y, al mismo tiempo, a saber sobrellevar **sus propias dudas** y a trabajar con su presencia constante.

Preguntas, respuestas y dudas que constituyen el entramado sobre el cual cada uno construye **su** historia y **su** memoria que, a su tiempo, se unirán a las de otros en un todo indisoluble.

Es ese conjunto de historias y memorias individuales y colectivas, con su contenido de acciones interrelacionadas e interdependientes, lo que define la verdadera **identidad cultural** de una comunidad, esa misma que tratamos por todos los medios de construir, a veces de manera muy equivocada, apurando artificialmente un proceso que se caracteriza por su lentitud y complejidad.

Conviene aclarar que la identidad cultural de un pueblo no significa en absoluto la **homogeneidad de un conjunto de “idénticos”** sino que, por el contrario, es el resultado de la interrelación de un sinnúmero de individuos con bagajes biográficos y experiencias personales que tienen que ver con las más distintas raíces y recorridos. Es decir, se basa en el logro de **la convivencia armónica entre las diferencias.**

Esa **con-vivencia**, es un estadio al cual se llega a través de un proceso que exige una apertura, no ya al simple y primario esfuerzo para soportar el otro, la tan mentada tolerancia, sino que a una **aceptación gozosa** del aporte que significa el cotejar nuestra específica visión de mundo con otra distinta, lo que nos trae nuevos parámetros de juicio para mirar y entender mejor la realidad en la que estamos inmersos.

Ahora bien, es evidente que, para lograr insertar estas ideas en los programas concretos de nuestra educación formal, se necesita, por parte del maestro, una sincera y decidida disposición de apertura y de asunción de riesgos. Al respecto, sospecho que, en general, nuestra pedagogía se ha transformado de propositiva en reactiva y que no logra la adecuación necesaria para enfrentar con éxito la rapidez del cambio cultural en el que estamos inmersos. La Reforma otorga muchas posibilidades, pero también exige, a los responsables de implementarla, una gran dosis de imaginación y de arrojo.

Si no somos capaces de revertir esta situación, estamos en el peligro cierto de estar formando **espectadores** y no **actores y artífices** de esta nueva cultura que ya convive con nosotros.

EL NUEVO ESCENARIO MUNDIAL.

La tan mentada globalización es un fenómeno incontrovertible y que tiñe toda relación cultural, interna y externa. En su desarrollo, enfrenta nuestra vida cotidiana personal a sus efectos, tanto positivos como negativos, así como al país entero a otro tipo de relación con culturas diferentes que proponen otros valores y otras formas de vida.

En este escenario, la reacción más socorrida es la de una defensa casi obcecada de lo propio, unida a una descalificación masiva de todo lo que “viene de afuera”, lo ajeno. Si se quiere, este estado de ánimo es hasta comprensible, ya que no nos sentimos preparados o suficientemente fuertes en nuestras raíces y convicciones como para enfrentar ese escenario con posibilidades de éxito.

Pero, reconocer las causas del síndrome, no nos puede paralizar a tal extremo como para no tratar, por lo menos, de entender cuales serían los medios que todos tenemos a disposición para contrarrestar los aspectos negativos y asumir con fuerzas aquellos positivos.

Alwin Töffler, uno de los más lúcidos pensadores contemporáneos, define al ser humano como **prosumidor de cultura**. Es decir, apunta al hecho de que cada uno de nosotros, quiéralo o no, es al mismo tiempo, productor y consumidor de cultura a la vez. Eso significa sencillamente que lo ideal para el hombre consistiría en el equilibrio constante entre los dos aspectos, para poder enfrentar lo que recibe con su propia producción cultural.

Sin embargo, la mayoría de las veces, situaciones internas o externas hacen que países como los nuestros se vuelvan dependientes cuando no alienados culturalmente.

Esto es debido a que no existen en ellos estructuras de poder o instancias sociales que promuevan y apoyen con la fuerza necesaria la actividad cultural como la base más segura sobre la cual construir, paso a paso, el proceso de identidad y de un pleno desarrollo sustentable. En definitiva, porque en ellos consumimos más cultura de la que somos capaces de producir o producimos cultura de inferior calidad de la que consumimos. En ambos casos, se produce una situación de debilidad y de permeabilidad extrema que no permite entrar en el necesario intercambio cultural en una mínima condición de equidad sino que, por el contrario, favorece la invasión incontrarrestada de formas y puntos de vista que permite el trastoque de valores y de vivencias hasta el punto en que lo ajeno se vuelve propio y lo propio, ajeno.

Los medios de comunicación masiva son, en especial, los portadores de estas verdaderas oleadas de conocimientos y valores que nos bombardean constantemente con sus propuestas y requerimientos...

Podríamos seguir en esta línea de reflexión por un tiempo más, pero tal vez nos alejaríamos demasiado del propósito específico de este encuentro...

VOLVIENDO A LOS ÁRBOLES.

...Ojalá todo lo dicho hasta aquí sirva, de alguna manera, para contextualizar lo que se reflexionó hasta hoy en este encuentro y para no caer en una visión demasiado encerrada en lo específico de nuestro propio quehacer cotidiano. Pienso que es muy bueno, a veces, tomar cierta distancia de los árboles para poder apreciar al bosque en toda su magnitud y significación.

Por eso, ya establecido lo anterior, me parece bueno que, a este punto, volvamos al tema principal que nos convoca: el Arte como opción de vida.

Ya hablamos de la importancia que reviste este método de enseñanza para entregar a los educandos una mejor y más completa preparación, para enfrentar con creatividad los desafíos que sin duda les exigirá el forjar su propio camino de realización personal, pero nunca está demás el insistir en el deber que tenemos todos de mejorar y adecuar constantemente toda la estructura educativa a los rápidos cambios que afectan la cultura y la convivencia humanas.

La educación formal es, sin duda, el instrumento que ha permitido el proceso de socialización de innumerables generaciones de individuos, desde su aparición en las estructuras de los más variados sistemas de organización social. Como instrumento se ha ido perfeccionando y complejizando hasta constituirse en los tres niveles de enseñanza que hoy se reconocen en todo el mundo como los más eficientes.

Sin embargo, en el mismo proceso de enseñar, los maestros perciben cada vez con mayor claridad que su andamiaje exterior no tiene ya relación con lo que sucede cotidianamente en su interior. Los conocimientos transmitidos son cada vez menos útiles en el contexto de la vida cotidiana, a no ser aquellos de carácter técnico que, para ser aplicados, no requieren mayores aptitudes de análisis y reflexión, sino de una fácil adaptación a la rutina. Esto se debe a que, en la práctica, la mayoría de esos conceptos se refieren al cómo lograr un determinado resultado en forma cada vez más rápida y eficaz, desplazando el interés por alcanzar el **saber**, entendido aquí como el encuentro con el **ser** del hombre y no con su mero **hacer** en el proceso de transformación de su entorno.

Hay que recordar que lo que distingue al ser humano de las otras especies, es su capacidad de procesar los datos recogidos en el camino del conocimiento, de unirlos en un todo coherente en una síntesis que alimente, no sólo su acción transformadora sino que, y principalmente, su propio crecimiento espiritual.

PROPUESTAS Y APUESTAS.

Resolver lo anterior, no es una tarea individual. El proceso descrito, necesita la

acción mancomunada de muchos, que deben estar dispuestos a poner en relación armónica sus diferencias para componer un único camino común.

Es urgente, entonces, encontrar, descubrir o sencillamente inventar un método que sea más idóneo para acompañar al discípulo en un trayecto que le revele, paso a paso, los diferentes momentos o etapas de la construcción de una cultura, relacionándolos con el entorno que los modifica y que, al mismo tiempo, se ve modificado por los valores y los modos de vida que se van instalando en la sociedad.

Por supuesto, no estoy pensando en una “Historia de las Culturas” que ya se encuentra inserta en algunos programas de estudio a nivel medio o universitario. Me refiero aquí a una suerte de **taller-eje de investigación teórico-práctica**, dedicado a detectar, en la cotidianeidad, cuales son las acciones y los acontecimientos que van modificando constantemente, a veces de manera que a simple vista nos parece imperceptible, nuestro modo de ser y nuestra forma de vida.

En el transcurso de este taller, se pretendería despertar en el educando la curiosidad dormida y la necesidad de aportar su visión personal y su acción, como sujeto activo, a la construcción de nuevos acontecimientos que modifiquen esa realidad que, en determinados momentos, ha llegado a considerar como ajena, cuando no hostil o hasta antagónica, a sus ideales de vida.

En el fondo, instar al alumno a que se apropie de la realidad que lo rodea, para luego transformarla con su creatividad e imaginación.

El taller constituiría, en los hechos, una suerte de eje programático, alrededor del cual se irían insertando las diferentes materias destinadas a aportar conocimientos específicos. Estas, según los intereses personales de cada alumno, y relacionadas entre sí de manera tal que lleguen a constituir un todo armónico que aparezca al discípulo como **un solo mega-conocimiento**, fácil de abordar desde diferentes ángulos y puntos de vista. Así planteadas las cosas, el sujeto educando tendría la posibilidad cierta de obtener unas muy particulares y diferenciadas herramientas de análisis, y de saber cómo usarlas idóneamente en la construcción de **su propio proceso de culturización**.

NUESTRO COMPROMISO.

Todo lo expresado anteriormente, pretende llamar la atención hacia algunos de los problemas que enfrentamos a la hora de iniciar una reflexión un poco más exhaustiva acerca de los diferentes métodos que empleamos en la educación formal para conseguir un libre y armónico proceso de socialización de los miembros de nuestras sociedades.

En esos métodos, la libertad de expresión y el respeto a las inevitables diferencias no pueden ni deben estar ausentes.

No se trata solamente de respetar en forma pasiva derechos inalienables de cada ser humano, sino que de asumir gozosamente esas diferencias como la materia prima para construir un sólido edificio sobre realidades multifacéticas y cambiantes que, a través del tiempo, van instalando expresiones culturales definidas y particulares de las cuales, querámoslo o no, somos herederos.

Es bueno recordar que la educación formal, tal como hoy está estructurada, es apenas una posibilidad de acompañarnos en una pequeña parte de nuestro caminar en el mundo. No la erijamos en el único pilar de todos los conocimientos y de todas las ciencias. No la antagonicemos a la experiencia directa de vida ni menos al irrenunciable derecho de los jóvenes, y de los que no lo son tanto, a soñar y a luchar porque esos sueños se hagan realidad.

Es atendiendo a esas necesidades y demandas que, desde la División de Cultura, a través de las Areas específicas, hemos emprendido diversas líneas de acción, con el propósito de facilitar una mayor interrelación, que permita un trabajo mancomunado de investigación en varios ámbitos académicos, y realizando iniciativas conjuntas, que ya han logrado producir avances sustantivos en la participación activa de alumnos, docentes y apoderados en tareas y objetivos comunes.

Emblemáticas son, en este aspecto, las actividades de las áreas de Cultura y Educación, Arte escénico, de Audiovisual y Cultura Tradicional además del proyecto que hemos denominado "Liceo Abierto", que serán materia de reflexión de los grupos de trabajo, motivada por representantes o los respectivos jefes responsables de cada Area.

Para terminar, permítanme hacerlo con un pequeño cuento, de mi cosecha, que a lo mejor algunos de ustedes ya conocen. Pero, lo hago porque me parece muy pertinente a lo que tratamos este encuentro y, sobre todo, con el deseo de que sirva, aunque sea un poco, para reforzar en nosotros nuestra vocación de maestros y comunicadores de experiencias de vida...

"... El silencio cae, por fin, sobre la selva doblada bajo el peso de la tormenta. Las luces que rasgan el cielo se han apagado y el estruendo de su impacto ya no resuena, prisionero entre las altas cumbres. En su lugar, la quietud y el suave escurrir de las aguas.

Las nubes se alejan rápidas, llevadas por el viento del sur.

La criatura sale de su improvisado cobijo y se aventura, temblorosa, por el llano. Sus extremidades se arrastran en los charcos, tanteando el camino en la oscuridad.

De pronto, a lo lejos, un resplandor imprevisto. Asombrada, la criatura se detiene y husmea el aire, inquieta. Sus pupilas buscan inútilmente horadar la negra pared que la envuelve.

Un tiempo largo. Después, temblando, retoma su andar hacia el nuevo misterio.

Y entonces, esos ojos contemplan por vez primera esa extraña materia, viva, brillante, movediza. Hipnotizado, el hombre sigue el movimiento de sus formas cambiantes y hermosas, sus espléndidos colores, su repentino subir y bajar por el aire, desde el suelo.

Un miedo desconocido se adueña de su cuerpo y su mano empuña con fuerza la piedra afilada. Un vapor espeso y caliente envuelve el claro de la selva.

El hombre se acerca más. Su mano deja caer la piedra; lentamente, su brazo se extiende hacia los leños caídos que arden, crepitando. Salta hacia atrás, con un grito de dolor. Observa con extrañeza sus dedos quemados, los huele y los lame en silencio.

Sigue mirando fijamente las ramas que se consumen, las chispas que vuelan, encendiendo pequeñas hogueras alrededor del claro.

A corta distancia del fuego, el hombre, acuclillado, espera una eternidad... Mira... Huele...Escucha... De pronto se yergue, toma un madero y lo acerca a las llamas. Lentamente, en su extremidad comienza a arder una nueva luz.

Los ojos del hombre se encienden con ella e iluminan la oscuridad....

...El niño mira el fuego, en silencio, su calor y la palabra del hombre lo envuelven... Escucha, muy atento, una y otra vez, la historia de la luz caída del cielo, que el hombre ha recogido muy lejos, para traérsela a él, su hijo.....